

XIII Domingo del T. Ordinario A/2017

Las lecturas de este domingo hablan de la bendición que Dios da a los que tienen un corazón generoso y practican la hospitalidad. Muestran que nadie que actúe con bondad, compasión y amabilidad hacia los demás permanecerá sin recompensa. Nos invitan a abrir nuestros corazones y nuestras manos para dar a los pobres y a los necesitados.

La primera lectura muestra como una mujer estéril, quien dio acogida al profeta Eliseo, recibió la bendición de Dios por medio de un hijo. Igualmente muestra la grandeza de corazón de esta mujer que daba la bienvenida al profeta en su casa cada vez que él estaba de misión. Finalmente, el texto nos relata la reacción de Eliseo y su promesa a la mujer de concebir un niño.

Lo que este texto nos enseña es que cada uno de nuestros actos de caridad realizado a nuestros semejantes recibirá siempre una recompensa por parte de Dios. Hay también la idea de que Dios no es indiferente a la manera en que vivimos y a lo que hacemos para ayudarnos unos a otros. La última idea está relacionada con la certeza de que la presencia de Dios está escondida en nuestros semejantes, sobre todo, en los necesitados y en los pobres.

Este texto nos ayuda a entender mejor el punto del Evangelio de hoy en que Jesús habla de la recompensa dada a los que hacen el bien a sus discípulos. En primer lugar, el Evangelio comienza con la declaración de Jesús quien dice que el que ama a los miembros de su familia más que a él, no es digno de él. Relata también otra declaración de Jesús en la cual dice que el que no toma su cruz y lo sigue no es digno de él, así como el que salve su vida la perderá y el que la pierda por él, la salvará.

El Evangelio termina con estas palabras de Jesús que dice que el que lo recibe, recibe a su Padre quien le ha enviado, así como el que recibe a un profeta o a un hombre justo recibirá una recompensa adecuada. Finalmente, el Evangelio da otra declaración de Jesús quien dice que el que dé aunque sea un sólo vaso de agua fría a uno de sus discípulos recibirá una recompensa.

¿Qué aprendemos de este Evangelio de hoy? Hoy quiero hablar de la virtud de la hospitalidad. ¿Qué quiero decir con esto? Antes de explicarlo, quiero referirme a una experiencia diaria que hacemos todos. De hecho, como seres humanos, tenemos necesidades variadas y diferentes como por ejemplo, nuestra salud, o sobre nuestra alimentación o nuestro vestido, etc.

Estas necesidades son importantes y el satisfacerlas es vital para el balance de nuestra vida y el aumento de nuestra felicidad. En cualquier momento que no podamos satisfacer nuestras necesidades, habrá una especie de frustración dentro de nosotros. Podemos también decir que, todo que hacemos en este mundo tiene que ver con la satisfacción de nuestras necesidades.

Sin embargo, una cosa es reconocer la importancia de las necesidades y otra es la de contar con suficientes posibilidades a fin de satisfacerlas. En verdad, hay siempre un hueco entre las necesidades y las posibilidades que poseemos. Incluso para la gente rica, el hueco todavía existe, porque resulta que de un modo muy paradójico las posibilidades crean a veces las necesidades.

¿Por qué les relato todo esto? Lo hago a fin de llamar su atención al hecho que no es natural regalar lo que poseemos porque la mayor parte del tiempo somos alcanzados por

el juego mental de las necesidades y las posibilidades. Hacemos siempre preguntas antes de dar a los necesitados. Pero, si a pesar de la carencia que podemos tener, damos a los necesitados, Dios nos bendeciría porque al hacerlo, mostramos que nos acercamos a su corazón y tratamos de imitarlo.

Por eso, en la primera lectura, Eliseo el profeta, no vaciló al invocar la bendición de Dios para la mujer que le mostraba hospitalidad. Es por la misma razón que Jesús dice que Dios dará una recompensa a los que ayudan a sus discípulos.

La pregunta que podemos hacer por naturaleza es esta: ¿por qué debemos ayudar a otros en sus necesidades o por qué debemos ser hospitalarios con la gente? Según el Evangelio de hoy, tres motivos nos obligan a hacerlo así. Primero, al hacerlo de esta manera, mostramos nuestra buena voluntad de cargar la cruz. De hecho, dar a los necesitados a veces nos duele porque nos privamos de algo que habríamos usado para nosotros. En este sentido, al dar a los necesitados, mostramos nuestro amor a Jesús y cargamos nuestra cruz al seguirle. Al mismo tiempo, damos un testimonio vívido de que hemos oído a Jesús quien nos habla, que hemos tomado sus palabras en serio y queremos llevar a cabo lo que nos pide.

Segundo, al dar a otros en su necesidad, damos a Dios quien está escondido en el necesitado y en el pobre. Además, cuando damos la bienvenida a los demás en nombre de nuestra fe en Jesús, recibimos al mismo tiempo a su Padre que nos ha bendecido de mil maneras al darnos todo lo que disfrutamos en este mundo. Por eso, Jesús dice “el que los recibe a ustedes, me recibe a mí, y el que me recibe a mí, recibe al que me ha enviado”.

Tercero, al dar a otros, es a Jesús mismo a quien ayudamos con nuestras cosas materiales. Pero, como Jesús está bastante agradecido, él nos recompensará por nuestros actos de caridad y hospitalidad. Esta es la razón por la cual Jesús dice, “el que da sólo un vaso de agua a uno de estos los más pequeños, por ser discípulo mío, yo les aseguro que no quedará sin recompensa”.

A causa de estos motivos evidentes, nunca deberíamos lamentarnos de haber realizado una buena acción. Aun si la gente no nos muestra agradecimiento, debemos seguir haciendo el bien. Si hemos hecho algo bueno a alguien aun si él no dice gracias, tenemos que ser agradecidos a Dios. Hemos hecho sólo lo que nuestra fe en Jesús nos pide, sabiendo bien que Jesús y el Padre nos recompensarán.

Oremos, entonces, hermanos y hermanas, para que Dios nos ayude a reconocer que todas las cosas materiales que disfrutamos en este mundo las hemos recibido de su infinita bondad. Pidámosle tocar nuestros corazones y nuestras mentes de modo que abramos nuestras manos a los necesitados sin mirar nuestras propias necesidades o tomar en cuenta lo que puede costarnos. ¡Que Dios los bendiga a todos!

Segundo libro de los Reyes 4, 8-11. 14-16; romas 6, 3-4; Mateos 4, 37-42

Fecha de la Homilía: el 2 de Julio 2017

© 2017 – Padre Felicien I. Mbala, Ph. D, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20150702homilia.pdf